

## Como un instante de laca

MUY sencillo:

Sencillo como el tiempo que vence a las corbatas  
y la solapa que llora por la herida amarilla  
de un ojal desahuciado por las flores;  
sencillo como el tiempo que cabe en los pendientes  
y el aroma que mienten las sortijas  
de unas manos caídas en un brazo inconcluso.

Más sencillo,

más sencillo que un momento de abeñula  
partido por quebradas luminosas  
y dos sedas redondas  
tiritando de frío por las sillas.

Por tu luto partido  
resbalan mis pupilas  
y en la gracia morena de tu pecho  
ausente de guitarras reposa el fandanguillo.

¡Si supieran tus cabellos  
que las esquinas sirven  
para morir un poco!  
¡Si cupiera tu voz en mi bolsillo!

La violeta no sirve  
para enseñar mis besos  
en la plata espectral de la tormenta,  
ni tu nombre desmayado en el estambre verde de un estanque  
para buscar un libro con las letras azules.

Lo quiero tan sencillo,  
como las plumas de ese pájaro que ha olvidado la altura  
y el instante de laca que en tu carne redonda deja labios pequeños.

Lo quiero más sencillo.

MANUEL PACHECO

PAGINAS FEMENINAS

## EL PRINCIPE CUENTECITO

(NARRACION PARA NIÑOS)

I

HACE muchos años, en un país muy lejos del nuestro, vivía un rey poderoso, pero muy enfermo, y por lo tanto muy desgraciado.

Este rey tenía un hijo de cinco años: la única alegría de su existencia.

El príncipe niño, además de ser la ilusión de su padre, era el encanto de todos los que le rodeaban, pues veían en él a su futuro rey. ¿Y sabéis como llamaban en veinte leguas a la redonda a nuestro príncipe? ¿A que no os lo figurais? Pues os lo diré: «El Príncipe Cuentequito», a causa de la afición desmedida que tenía a que le contasen cuentos de hadas. Tan pronto empezaba alguien a hablar, diciendo: «Pues señor, esto era una vez...», ya tenía a su príncipe más quieto que las estatuas del Retiro y tan atento que no perdía palabra ni gesto del narrador.

Traía de cabeza a todos los palaciegos; y era curioso ver a lo mejor un señor solemnemente grave, de esos que usan una hermosa barba blanca y que tienen una barriga bastante respetable, leyendo cuentos y más cuentos.

—Ilustre Chambelán, ¿qué leéis con tantísimo interés? ¿Acaso la vida de Nerón?

—No, insigne ministro de la Guerra—respondía el interpelado— lo que leo es «La Novela de un grillo».

—¿Cómo?

—No, nada. Un cuento.

—¡Ah, vamos! Hay que estar prevenido por si se encuentra uno a su Alteza el príncipe Cuentequito. Y qué ¿es amena la «novelita»?

—Pues... le diré. No deja de tener cierto interés. ¡Hay que ver las cosas que le suceden a ese pobre grillo desde una tarde que se le ocurrió salir a tomar el sol encima de unos tomillos! Y usted, ¿qué lectura tiene entre manos?

—¡Oh, yo, un drama! Bastante emocionante por cierto. ¡Pero qué drama!

—¿De Calderón quizás?

—¡Cá, no señor! Se titula: «La tragedia de una rana». Otro cuento. Decididamente, desde hace algún tiempo hemos vuelto todos a la infancia, mi querido Chambelán. A propósito. Tengo oído que el secretario particular de su Majestad es poseedor de una colección de cuentos extraordinarios que probablemente no los ha oído todavía su Alteza el Príncipe.

—¿Qué me decís, señor ministro de la Guerra?

—¡Más de cien cuentos, señor Chambelán!

—¡Pero ese secretario es un hombre feliz! ¿Dónde diablos habrá podido encontrar cien cuentos que el príncipe no se sepa de memoria?